

TUCAN  12+

La estela de la bruja

LUISA VILLAR LIÉBANA

«M» de MISTERIO



edebé

Luisa Villar Liébana

La estela de la bruja

«M» de MISTERIO



edebé

© Luisa Villar Liébana, 2013

© Ed. Cast.: Edebé, 2013
Paseo de San Juan Bosco 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia
Diseño gráfico de cubierta: César Farrés
© *Ilustraciones:* Mariano Gabriel Epelbaum

Primera edición: septiembre 2013

ISBN 978-84-683-0853-1
Depósito Legal: B. 18782-2013
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Apareció la Madre del Rey Celestial,
que en misericordia nunca hubo igual.*

Gonzalo de Berceo

*Nosotros no somos responsables del
pasado. Pero sí de cómo lo
recordamos.*

Elie Wiesel

Índice

| | |
|-------------------------------|-----|
| 1. El anticuario | 7 |
| 2. Después de la muerte | 39 |
| 3. La gótica | 73 |
| 4. Acontecimientos | 107 |
| 5. Buscar un milagro | 143 |
| 6. En el archivo | 181 |
| 7. Muerte inesperada | 207 |
| 8. Un coche blanco | 247 |
| 9. Oculto | 287 |
| 10. La bruja | 325 |

1

El anticuario

Aquella noche parecía haberse desencadenado el invierno. La lluvia sonaba contra la ventana y el ulular del viento se colaba por las rendijas de la casa como un presagio siniestro. Gabri y Lucas escuchaban el poderoso sonido de la tempestad, a punto de empezar a cenar, cuando llamaron a la puerta. ¿Quién sería a aquellas horas?

Gabri se levantó para abrir.

—Vuelvo en seguida.

No volvía y Lucas se impacientaba. Su hermano hablaba con alguien y la conversación llegaba hasta él como un susurro despertando su curiosidad. Decidió comprobar qué pasaba, en parte por curiosidad, en parte porque la cena empezaba a quedarse fría.

Su hermano y un desconocido charlaban detrás de la puerta de la calle cerrada, tan ensimismados en algo, que no se percataron de

su presencia. El intempestivo visitante había abierto una cartera, había sacado una fotografía, y los dos la contemplaban en silencio.

No se atrevió a decir nada, tan absortos parecían. El silencio llenaba la habitación, se podría oír el dulce aleteo de una mariposa, aunque se escuchaba el incesante golpear de los goterones de lluvia contra el ventanal.

La casa se encontraba en el extremo de la calle que daba a las afueras del pueblo, y el viento rompía contra ella con sonora intensidad.

Fue su hermano quien lo vio primero:

—Adelante, acércate. El señor es anticuario, mira lo que nos ha traído.

La fotografía mostraba la estatuilla de una Virgen coronada sentada con el niño en brazos.

—¿Qué te parece?

—Es una imagen gótica —respondió Lucas.

—Bellísima, ¿verdad? —exclamó el hombre desconcertado por la respuesta.

—Mi hermano sabe mucho de arte —comentó Gabri.

Cada vez que aceptaba un trabajo, el cliente le pedía discreción. Debía guardar el secreto de manera absoluta, y se comprometía a ello, si bien la total discreción no siempre era factible.

Aquel hombre aún no le había explicado por

qué se encontraba allí, mas al ver la fotografía, Gabri pensó que acabaría pidiéndole que buscara la estatuilla y guardara el secreto; siempre sucedía así.

Por otro lado, era la primera vez que un cliente se presentaba en su casa, y eso no le gustaba.

Nadie relacionado con el trabajo conocía su domicilio. Gabri procuraba que nadie se acercara siquiera al pueblo donde él y su hermano vivían desde la trágica muerte de sus padres. Un pueblo de la sierra de Madrid, rodeado de verdes valles soleados desde primavera hasta otoño, donde las vacas pastaban dejando oír sus pacientes mugidos.

Al principio les asombró la existencia de parajes tan campestres próximos a la ciudad. Pronto se acostumbraron a ellos, y ahora incluso les parecía una locura el ajetreo incesante de las calles de la ciudad.

Desde que sus padres habían muerto, Gabri lo había dejado todo para dedicarse a la profesión de investigador, los contactos de trabajo los establecía a través de Internet y de un número de móvil, y las citas con los clientes, lejos de allí.

Tal vez a este cliente no le había gustado que Lucas viera la estatuilla. Lo que no sabía era que, si aceptaba el caso, su hermano le ayudaría, el

experto en arte era él. Y, si no hubiese visto la fotografía, él se la habría mostrado.

El anticuario dedicó a Lucas una sonrisa amable. La gente solía hacerlo cuando lo veían desplazarse de un lugar a otro en silla de ruedas, algo a lo que él estaba acostumbrado. Nunca había caminado como los otros niños. Por lo general no le daba importancia, aunque otras veces sí.

—¡Entiendes de arte, eh! —exclamó el hombre.

Lo miró incrédulo a pesar de que el chico había acertado y la imagen era, en efecto, una estatuilla del arte gótico. Quiso saber si su conocimiento era real y decidió someterlo a un interrogatorio:

—Veamos —empezó en tono académico—. Esta imagen tiene algo especial. Algo no demasiado común en estas estatuillas, aunque no imposible de encontrar, y sí común en la arquitectura gótica. ¿Qué es?

Esbozó una sonrisa; de pronto parecía un juego divertido.

Lucas contempló la fotografía a color, moderna y brillante, y comprendió a qué se refería.

—La corona —respondió.

—Empiezo a creer que sabes de arte —dijo esta

vez el hombre—. Y, puesto que se trata de la corona, ¿qué tiene de especial?

—El arco apuntado —respondió Lucas.

El anticuario calló sorprendido por la rápida respuesta del niño, y Gabri sonrió satisfecho, conoedor de lo que era capaz su hermano.

—¿Has oído hablar de la imagen? —continuó preguntando el desconocido—. Máter Amantísima es su nombre. ¿Sabías que se llamaba así?, conocida como Virgen coronada. ¿Qué sabes de ella?

Lucas no sabía nada de ella, ni siquiera que su nombre fuera Máter Amantísima o Virgen coronada. Le parecía haberla visto alguna vez, o quizás la imagen le recordaba a otra.

No distinguía mucho las imágenes góticas de sus predecesoras románicas, sentadas o de pie, sosteniendo o no al niño en sus brazos, la mayoría talladas en madera o alabastro, o combinando ambos materiales, que solían presentar una policromía, aunque no siempre

La Virgen de la fotografía era bella, con el manto en tonos verdes y rojos bien conservados, contrariamente a lo que ocurría con otras estatuillas.

Estaba sentada con el niño en brazos y sobre su cabeza lucía una corona de cobre en forma

oval acabada en un arco apuntado. No cabía duda de que la estatuilla pertenecía al Gótico. Adivinar eso había sido fácil, básico, elemental.

El arco apuntado era el elemento gótico por excelencia. «Si quieres definir la arquitectura gótica con pocas palabras, basta con mencionar el arco apuntado», había leído en alguna parte. ¿O había sido Marta, su madre, quien lo había definido así? Recordaba que también lo había llamado ojival.

Era el arco de las catedrales, que había entrado en el mundo del diseño, como se diría ahora, y se podía encontrar en objetos de aquella época tan dispares como una silla o la cabecera de una cama. No era habitual encontrarlo en las coronas de las estatuillas de santos y Vírgenes, mas también se daba; él lo había reconocido y eso era todo.

El anticuario continuó:

—La imagen tiene una historia y guarda un secreto, algo muy particular. ¿Te suena?

Lucas no sabía que la imagen guardara un secreto ni a qué clase de historia se refería aquel hombre, que aún no se había quitado el sombrero, todo lo contrario, lo llevaba calado hasta la mitad de la frente, quedando su boca como la única parte del rostro al descubierto.

—La imagen es valiosa en todos los sentidos —comentó—, como pieza gótica, y de vital importancia para mí —miró a Gabri—: ¿Has oído hablar de don Gerardo Ortiz, el catedrático de Arte?

Gabri sabía a quién se refería. Don Gerardo Ortiz había impartido una conferencia en la galería de arte de sus padres, y había tenido la ocasión de conocerlo. Así se lo comunicó a su interlocutor, quien todavía no le había dado su nombre.

—Estoy aquí —prosiguió este— para hablar de algo relacionado con el catedrático.

Miró a Lucas y sus palabras quedaron en suspenso.

—Vete para la cocina —le pidió su hermano—, en seguida estoy contigo.

Lucas se marchó y solo entonces se explicó el anticuario.

—En el Congreso de Arte celebrado en Toledo hace unos meses —empezó diciendo—, alguien afirmó que don Gerardo había encontrado la estatuilla. Se conocía su existencia, pero nadie la había visto. Se creía perdida, o en manos de un coleccionista que la ocultaba, y en el Congreso se aseguró que, tras una intensa investigación, la había encontrado.

—¿Quiere decir que el catedrático encontró la estatuilla e informó de ello en el Congreso?

—No. Él no participó en el Congreso, su ayudante lo hizo. Don Gerardo llevaba un tiempo investigando, y su ayudante aseguró que había dado con el paradero de la imagen.

Gabri imaginó al catedrático husmeando entre una vasta documentación, estudiando legajos antiguos, sentado en un sillón trabajando en su despacho, consultando pliegos escritos de noche bajo la luz de un flexo, siguiendo el rastro de la imagen.

—Me temo —continuó su interlocutor— que a partir del Congreso de Toledo demasiada gente se haya lanzado a buscar la estatuilla, y que algunos estén dispuestos a todo para obtenerla.

—¿Qué papel juego yo en esto? —preguntó el joven detective—. ¿Quiere que negocie con don Gerardo y consiga la imagen para usted?

—En absoluto. No se trata de conseguir la imagen para mí, al contrario, yo te la proporcionaré. Se trata de que la guardes, nadie debe saber dónde está, nadie debe encontrar la estatuilla. ¿Has comprendido?

¡Esto sí que era una sorpresa! A Gabri nunca le habían pedido que guardara un objeto de arte. Tenía su gracia. No se trataba de encontrar un

objeto robado sino de ocultarlo para evitar el posible robo. Algo así como curarse en salud. Pensó que Máter Amantísima debía de estar en manos de aquel hombre, puesto que se la iba a proporcionar.

—Crearás que yo la tengo —salió este al paso de sus pensamientos—: Sí y no. Digamos que conozco el lugar donde se encuentra, y que mantenerla allí empieza a presentar algún riesgo. Obsérvala —volvieron a mirar la fotografía—. ¿No es maravillosa? Yo te la haré llegar, es lo que debes saber por el momento. Naturalmente pagaré tus honorarios.

Ahuecó la chaqueta e introdujo la mano en un bolsillo para sacar un sobre doblado.

—Aquí tienes una primera entrega.

Tendió su mano y Gabri aceptó el dinero.

—¿Has visitado Toledo? —dijo—. Una ciudad fascinante. Estar en cualquiera de sus calles es encontrarse de pronto con su pasado visigodo, árabe y cristiano al mismo tiempo, hasta en el aire se respira ese aroma triple. ¿Conoces la catedral?

¿Quién no había visitado Toledo alguna vez? Gabri lo había hecho con amigos de la Escuela de Ingenieros cuando aún no se dedicaba a lo que se dedicaba ahora. La familia de uno de

ellos poseía un cigarral al otro lado del Tajo, el río que rodeaba la ciudad convirtiéndola en una atalaya inexpugnable. Y quién no conocía su hermosa catedral.

—La Virgen coronada estuvo en la catedral de Toledo durante un tiempo. Después...

—¿Después qué ocurrió? —preguntó Gabri.

El anticuario no respondió. Dijo:

—Te haré llegar la estatuilla y la ocultarás. En cuanto a los honorarios, recibirás una segunda cantidad de dinero, y el resto una vez finalizado el trabajo, al recuperarla yo de nuevo. Por el momento te mandaré un sobre con cierto documento que acredita su autenticidad, y que debes custodiar también. Solo hay un inconveniente.

«Siempre había uno o más inconvenientes», se dijo Gabri.

Se dio cuenta de que su interlocutor había adoptado el tratamiento familiar del «tú» casi desde el principio, como solía ocurrir cuando los clientes se percataban de su juventud. En cambio él mantuvo el «usted» hasta el final, en parte porque los clientes pagaban y se convertían en una especie de jefes, y en parte por la diferencia de edad. El tratamiento de respeto le parecía el más adecuado.

—Mañana viernes salgo de viaje para visitar

una capilla. Cuestión de poco tiempo, y regresaré —dijo el anticuario.

Iba a añadir algo y se contuvo.

Había interrumpido el discurso varias veces a lo largo de la conversación dando la impresión de inseguridad o duda. Sin embargo, no parecía un hombre inseguro. No era pomposo ni petulante, y hablaba con naturalidad. Pero llegado a algún punto dudaba. Gabri tenía la impresión de que deseaba decir algo y se lo reprimía.

—A mi regreso te haré llegar el sobre con el documento. Se halla en mi despacho preparado a tu nombre. Lo recibirás a partir del lunes. ¿Alguna pregunta?

—Una —anunció Gabri.

Habría deseado formularle varias: ¿Por qué le interesaba la estatuilla? ¿Qué secreto guardaba? ¿Cuál era su precio? Si tenía miedo de que la robaran, su valor sería cuantioso.

Y algo más: Si la estatuilla la había encontrado don Gerardo Ortiz, ¿como se la haría llegar él? ¿Lo había enviado el catedrático? ¿Era un intermediario? A veces los clientes actuaban a través de intermediarios.

No mencionó nada de eso, ya se presentaría la ocasión de aclarar esas cuestiones. Le formuló, eso sí, una pregunta inevitable. Cuando

le pedían algo le gustaba saber por qué debía hacerlo.

—¿Por qué ocultar la estatuilla? —exclamó—. Permítame preguntarle qué le hace suponer que la pueden robar.

—La imagen no debe caer en las manos indebidas —respondió el anticuario—, contigo estará más segura. Es cuanto debes saber.

Gabri no insistió. Si el cliente hubiese querido informarle de algo más lo habría hecho. Dio el tema por zanjado, por el momento, y pensó que el documento que iba a recibir quizás le aclarase algo. Una vez más, su interlocutor pareció adivinarle el pensamiento.

—No hace falta advertir que no abrirás el sobre con el documento, salvo que ocurra algo inesperado.

—Algo como qué —preguntó Gabri extrañado.

—Si ocurre lo sabrás —respondió el hombre—. Debes prometerlo. Por otro lado, exijo discreción. Lo hablado aquí no debe ser comentado con nadie. Nadie sabrá nada sobre la estatuilla, no hablarás de ella ni mencionarás la existencia de la fotografía.

Se la entregó a Gabri.

—Y debes jurar que una vez iniciado el traba-

jo no abandonarás, que llevarás el compromiso adquirido hasta el final.

Los ojos del anticuario escondidos bajo el ala del sombrero escudriñaron los de Gabri esperando el juramento.

«¿No estaba llevando el asunto demasiado lejos?», pensó este.

Prometer o jurar que guardaría el secreto era innecesario, la sola idea resultaba infantil. La confidencialidad formaba parte de su compromiso profesional, él era el primer interesado en mantenerla. Ser discreto facilitaba a veces el trabajo, de ello dependía, en no pocas ocasiones, que la investigación llegara a buen fin.

Claro que en esta ocasión se trataba de guardar una estatuilla y un sobre con cierto documento. Aun así, la idea de prometer o jurar resultaba igualmente pintoresca.

Puso su mano derecha en el corazón, y dijo:

—Lo juro. Lo prometo.

El cliente mandaba.

Su hermano tardaba, y Lucas decidió salir al vestíbulo de nuevo. No solo porque la cena se había quedado fría, sino porque él ya había cenado y Gabri no acababa la conversación con el desconocido.

Al salir de la cocina y dirigirse hacia ellos, se

dio cuenta de que el hombre no era demasiado alto. Era mayor sin llegar a viejo, llenito aunque no gordo, de estatura media, y bajo el sombrero se veía el color de su pelo negro y las patillas grises. Se giró al oír la silla de ruedas y vio sus ojos redondos y claros por primera vez. Por suerte ya se despedía.

—Mi nombre es Ribera —se dirigió a Gabri—. Recuerda, Ribera como el pintor español.

—Señor Ribera —dijo Gabri—, ¿cómo ha sabido que vivo aquí?

El anticuario, que mantenía la puerta de la calle abierta para salir, se detuvo un instante, y respondió:

—Hablabamos de todo ello.

Salió y la oscuridad de la noche lo recibió pacífica sin la tormenta, que había amainado un poco. La lluvia caía como una cortina dorada al trasluz de las farolas, y la arenilla que el viento había depositado en la acera crujió bajo sus pies.

Los dos hermanos regresaron a la cocina.

—¿No calientas la sopa en el *micro*? —sugirió Lucas—. Cuando yo me la tomé estaba bastante fría.

—No, gracias —respondió el hermano mayor con retintín.

Por lo general no le gustaba la comida dema-

siado caliente, aunque la sopa se había quedado helada. Probó un sorbo y la dejó, puso un par de lonchas de jamón entre dos trozos de pan y salió de la cocina seguido de Lucas.

—¿Adónde vamos?

—A la habitación de los ordenadores, naturalmente.

—Oh, sí. Naturalmente —impostó Lucas la voz.

La silla de ruedas tomó la delantera rumbo a la habitación de los ordenadores, donde este hacía las tareas del cole, guardaba los libros de arte, y pasaba la mayor parte del tiempo cuando se encontraba en casa.

Debía buscar datos sobre Máter Amantísima y estaba dispuesto a hacerlo, aunque antes le gustaría saber qué quería aquel hombre.

—Que guarde la estatuilla de la Virgen de la fotografía durante un tiempo, que me convierta en su guardián. Mañana viernes hará un viaje para visitar una capilla y al regresar nos mandará un sobre con cierto documento. Me ha entregado una primera cantidad de dinero.

—Entonces has aceptado.

No estaban los tiempos para rechazar trabajos.

—¿Por qué no ha traído la estatuilla con él?
—le preguntó Lucas.

—No tengo la menor idea. A partir del lunes recibiremos el sobre y más tarde la imagen, es todo lo que sé.

—¿Por qué no ha traído el sobre él mismo?
—insistió Lucas.

—Es posible que no lo haya hecho por precaución. Tiene miedo de que roben el tesoro y actúa con cuidado; eso parece. O quizás quería entrevistarse antes conmigo. ¿No actuarías con cuidado tú también? Ha dicho que la estatuilla no debe caer en las manos indebidas.

—¿Qué manos indebidas?

—Las de cualquier ladrón lo serían. ¿No? Me ha hecho prometer que no hablaría con nadie del asunto, ni mencionar la fotografía. Tanta cautela... Realmente teme que la roben.

Puso la fotografía sobre la mesa del ordenador, y exclamó:

—A ver qué averiguas sobre ella.

—¿Te fías de él? ¿No podría tratarse de una obra de arte robada y que pretenda utilizarte para ocultarla?

«¿Se fiaba del anticuario?», se preguntó Gabri. Su proceder había sido extraño presentándose en la casa de noche sin previo aviso, mas eso no lo convertía en ladrón. No había sido claro del todo. A lo largo de la conversación había

tenido la impresión de que escondía algo, cosa que tampoco lo convertía en sospechoso.

Los clientes que lo contrataban pocas veces se mostraban claros en la primera entrevista. En este caso, incluso parecía lógico dado el temor al robo de la estatuilla.

Por lo demás, le había parecido un tipo legal. Y, si bien las intuiciones y sensaciones no eran matemática pura, ciencia exacta, su predisposición a creer de buena fe en todo lo hablado era mucha.

—Me ha parecido un tipo correcto —tranquilizó a su hermano—. Aunque tratándose de un anticuario...

Calló. No era su intención emitir un juicio de valor sobre toda una profesión. Entre los anticuarios los había capaces de pagar por un objeto de arte mirando hacia otro lado sin importarles la procedencia, comportamiento reprobable que también se daba en otros sectores profesionales. No se trataba de la profesión, sino de la conducta ética de cada individuo.

—No creo que ese hombre se haya apropiado indebidamente de la estatuilla y nos utilice para ocultarla —opinó—. Hay algo extraño en él, pero no me ha parecido un embaucador.

Había decidido confiar, aunque nunca se sa-

bía, e incluso se podía decir que ya trabajaba para el cliente. Su cabeza pensaba en el lugar apropiado donde guardar la estatuilla.

Una opción era la cámara secreta que había instalado en la primera planta de la casa cuando se cambiaron de vivienda, lugar seguro.

Otra, la doble pared del minibús o la superfurgoneta que usaban en los desplazamientos largos, sobre todo, cuando necesitaban a Lisi, el perro-robot. Era de titanio, difícil de abrir sin el código pertinente, nadie conocía su existencia, y la habían utilizado con excelente resultado.

Había una tercera posibilidad, la caja de seguridad de un banco, aunque prefería las alternativas anteriores.

Lucas tecleaba en el ordenador.

—¿Qué quieres que busque?

—Todo sobre Máter Amantísima, a ver qué encuentras. Todo es todo. Como siempre te digo, cuanto más información mejor.

Después de un rato, en Google no aparecía nada y Lucas tenía sueño. Madrugaba para ir al colegio, era jueves, y a la semana le quedaba un día escolar.

Gabri regresó a la cocina en busca de fruta y entró de nuevo en la habitación:

—¿Hay algo?

—Nada.

Había aparecido una colección interesante de Vírgenes románicas en el Pirineo aragonés, otra de románicas y góticas en la Basílica de San Isidoro en León, y alguna más, nada sobre Máter Amantísima.

Las Vírgenes databan desde el siglo XI hasta el XV y algunas de las imágenes eran especialmente bellas.

Detuvo la mirada en Nuestra Señora de Sahélices de la colección de León, bastante bien conservada.

—León, Aragón..., tendrías que buscar en Toledo —le recomendó Gabri—. Ha sido imperdonable por mi parte no haberlo mencionado. Máter Amantísima estuvo en la catedral de Toledo, según el anticuario. Después...

—Después... ¿qué?

—No lo sé. A ver qué averiguas.

—Nosotros hemos estado en Toledo.

—¿Y quién no?

El recuerdo de la visita a Toledo con sus padres, la única que Lucas había hecho a aquella ciudad, irrumpió en su mente con tanta claridad que por un momento olvidó lo que se traían entre manos. Había ocurrido una Navidad, por suerte se encontraban en enero y la Navidad había pasado.

En la catedral de Toledo, su madre le había hablado de la Virgen Blanca, una bellísima talla de alabastro, y había otras imágenes imprecisas en su memoria... ¿No era una de ellas La Virgen del Tesoro?

Buscó Toledo. Siguió tecleando... La Virgen del Tesoro, en efecto, allí estaba. Imagen románica del siglo XII, una joya, sentada con el niño con una corona seguramente de oro.

La Virgen del Sagrario, la de Tiro, las Vírgenes de los retablos, de las capillas... Nada sobre Máter Amantísima.

Se pasaron el fin de semana en casa.

Los tiempos de las excursiones visitando ciudades interesantes desde el punto de vista artístico, gastronómico, o paisajístico, se habían acabado desde la muerte de sus padres. La ruta del arte Románico había quedado por hacer. ¡Y tantas cosas! Ahora Gabri y Lucas no salían de viaje, excepto por razones de trabajo.

A pesar de la lluvia del viernes, Lucas salió al patio para arreglar unas plantas que el viento había zarandeado, con el consiguiente riesgo de pillar un resfriado. Mientras Gabri se pasó el rato en el taller, su espacio personal, el lugar donde creaba sus inventos cuando el trabajo se lo permitía.

Él había diseñado la silla de ruedas de su hermano, dotándola de un mecanismo electrónico especial que le permitía moverse y girar con soltura. Había adaptado la superfurgoneta o minibús a la silla, y había diseñado a Lisi, el perro-robot, eficaz aliado cuando lo necesitaban.

Comieron, desayunaron y cenaron en la cocina. Gabri se encargaba de cocinar, y los filetes, pizzas y tortillas de patatas frecuentaban la mesa de aquellos dos comensales.

Lucas continuó con la búsqueda de datos sobre Máter Amantísima el sábado y el domingo, sin resultado.

Lo había intentado con diferentes servidores y en programas especiales de arte. Había buscado en libros y guías, y ni rastro en el espacio cibernético, ni una entrada en el mundo de la edición en papel.

Por lo que respectaba a la catedral de Toledo, tampoco había hallado ninguna mención sobre la estatuilla.

Gabri no comprendía que el cerebritito de su hermano no hubiese obtenido información. Aunque el anticuario no le había causado mala impresión, necesitaba saber más sobre la estatuilla, no le gustaba trabajar a ciegas.

El lunes se levantó pensando en el sobre que

debían recibir con el documento anunciado. No tenía nada que hacer, excepto comprar unas bisagras para la puerta del armario del taller y esperar al cartero de Correos, que rara vez pasaba por allí antes de las doce de la mañana.

Acompañó a Lucas al cole, compró el periódico y se acercó a la ferretería. Dudó sobre la anchura de las bisagras y regresó a casa sin ellas, se preparó el desayuno, y se dispuso a hojear el periódico a la espera del cartero.

El anticuario dijo que recibirían los documentos a partir del lunes, no necesariamente el mismo lunes, y no había mencionado el modo en que los recibirían, aun así podrían llegar.

Entonces miró el periódico y se topó con la noticia. «¡No puede ser, no es posible!». «No podía ser, no era posible», se repetía.

El anticuario había muerto. Solo que no se trataba de ningún anticuario. «¿Cómo dijo que se llamaba? Ribera como el pintor español», pensó.

Pues bien, el hombre que se había presentado en su casa el jueves, la noche de la tormenta, con un abrigo gris, calzando un sombrero hasta la mitad de la frente, no era anticuario, no se llamaba Ribera, y estaba muerto.

Muerto irremisiblemente.

Gabri no salía de su asombro. La noticia le

había impactado; las dos noticias: la muerte y la falsa identidad.

Al parecer se había caído al vacío desde un tercer piso mientras arreglaba una persiana de la cocina; se estrelló contra el asfalto ante el grito de horror de los transeúntes que lo vieron caer impotentes, desparramarse sus sesos por el suelo, una visión que jamás olvidarían.

Su nombre era Gerardo Ortiz, el prestigioso catedrático historiador de Arte, que había publicado libros, realizado interesantes investigaciones, entre ellas sobre el paradero de Máter Amantísima, estatuilla del gótico español, de lo que se había informado en el Congreso de Arte de Toledo, que también mencionaba el periódico.

Cada momento que pasaba el estupor era mayor. El hombre que se había presentado en su casa era don Gerardo Ortiz, era él quien lo había contratado, no se trataba de un intermediario sino de él mismo.

En el periódico aparecía su foto, reconoció las patillas alargadas, la barbilla, las arrugas en la comisura de los labios carnosos. No llevaba sombrero, sus ojos francos proyectaban una mirada cálida, y su boca esbozaba una agradable sonrisa.

El sentimiento que prevalecía en Gabri era el

de desconcierto. Había hablado el jueves por la noche con él, era lunes, y estaba muerto.

Se pasó la mañana pensando en la muerte sin concentrarse en el armario, cuyas puertas debía medir antes de comprar las bisagras. Así hasta la hora del cartero de Correos, que no pasó por allí y no recibió el sobre con el documento.

Se preguntó si don Gerardo lo habría enviado. Él no lo había recibido, ¿lo habría enviado antes de morir?

Lucas se quedaba a comer en el colegio y hasta la tarde no regresó. Solía tener su propio criterio, y no pocas veces su visión iluminaba los puntos oscuros. Cuando lo vio aparecer en el patio, salió a su encuentro y a su pequeño hermano no se le escapó su gesto atribulado.

Entraron en la cocina, Gabri le indicó que leyera la noticia del periódico que se encontraba doblado sobre la mesa, y al hacerlo quedó impresionado.

El hombre que se había presentado en su casa la noche de la tempestad era don Gerardo Ortiz y estaba muerto. Miró a Gabri esperando una explicación.

—Qué quieres que te diga, yo solo sé lo que aparece ahí —se lamentó este.

—¿Por qué se presentó en nuestra casa con una identidad falsa?

Gabri se encogió de hombros:

—¿A mí me lo vas a preguntar? Dijo que era anticuario y lo creí. Me dio un nombre, Ribera, y también lo creí. No tenía motivo para desconfiar.

Respiró, más bien bufó:

—¡Qué absurdo! Me refiero a la manera en que murió. Lo curioso del caso es que yo lo conocía. Lo vi en la galería de arte de nuestros padres hace tiempo, cierto día que impartió una conferencia.

Don Gerardo había sido profesor de Marta, su madre, doctorada en Arte por la Universidad Complutense de Madrid, donde él impartía su cátedra. Ella lo consideraba el mejor especialista en la Edad Media. Lo admiraba y lo había invitado a dar la conferencia.

Tras su intervención se había servido un vino. Lucas no lo recordaría porque era demasiado pequeño. Ocurrió en los comienzos de la galería, cuando el rumbo aún no estaba definido, y en una sala se podía encontrar un cuadro de Picasso, Juan Gris, o Monet, de primeros del siglo XX, y en otra un Murillo, un Tiziano de finales del XV, o un Bruegel del XVI.

Más tarde, la galería se especializó en arte

contemporáneo, desde la época de las vanguardias, eso sí lo recordaría.

Todo aquello era pasado. Todo lo referente a la galería pertenecía a un mundo imposible de recuperar. Y, aunque no había pasado demasiado tiempo, aquel mundo se había desvanecido.

—¿Por qué dijo que era anticuario? —preguntó Lucas

—No lo sé. Si se trataba de ocultar su personalidad pudo haber dicho cualquier cosa. Yo no lo reconocí. Ahora comprendo que el sombrero escondía su rostro, que no quería ser reconocido. De haber sabido que era él...

—¿Qué habrías hecho?

—Atenderlo mejor. Habría sido un honor para nosotros recibirlo en casa. Solo porque fue profesor de mamá y ella lo admiraba habría sido un honor.

El catedrático debía de guardar un recuerdo grato de sus padres, y debía de considerar a Marta una amiga de confianza, puesto que ante el temor de que robaran la estatuilla había recurrido a Gabri, su hijo, pensó.

Comprendió que la visita nocturna e imprevista no había sido casual. Don Gerardo Ortiz lo había elegido a él porque confiaba en su madre. Ahora estaba muerto y Gabri sintió rabia al no

poder demostrarle que sabía hacer su trabajo, que no se había equivocado confiando en él.

—¡Qué absurdo! —repitió—. Quiero decir que está arreglando la ventana de la cocina de su casa y cae al vacío —de nuevo le vino aquel pensamiento—. Bueno ya nada podemos hacer. Muerto el perro se acabó la rabia. Muerto don Gerardo se acabó el caso, nos quedamos sin trabajo.

Se arrepintió de haber pronunciado esas palabras.

La muerte era el peor asunto que podía ocurrirle a uno. ¿Qué suponía perder un trabajo comparado con irse al otro mundo? El que cruzaba la línea hacia la eternidad lo perdía todo: los ojos para mirar la vida, la piel para sentirla...

—Le hice un juramento. Prometí y juré que guardaría la estatuilla, que no hablaría con nadie de ello, y que llegaría hasta el final. Me pregunto si estoy obligado a cumplir la promesa ahora que ha muerto.

Una cuestión filosófica, cuya respuesta escapaba a Lucas. Si uno moría, ¿eximía al otro de una promesa hecha? No obstante se animó a responder:

—Creo que estás obligado a seguir con el trabajo, incluso ahora más que antes.

—¿Por qué ahora más?

—Porque lo juraste, lo acabas de decir. Y recibiste una cantidad de dinero —quedó pensativo—: y porque está muerto.

—Ahora que lo pienso, la estatuilla estaría en su poder ya que nos la iba a hacer llegar, o al menos sabía dónde se encontraba —dijo Gabri—. Temía que la robaran. ¿Dónde está? ¿A quién pertenece? Es mucha responsabilidad. Tendríamos que hablar con la policía, con Ramírez, con alguien de Patrimonio o del Ministerio de Cultura, o ponernos en contacto con la Iglesia, él dijo que había estado en la catedral de Toledo.

Caviló:

—Por el momento lo mantendremos en secreto como me pidió.

—¿Y el sobre con el documento? —preguntó Lucas.

—No ha llegado. Dijo que estaba preparado a mi nombre en su despacho, y que al volver del viaje, cuestión de poco, tenía que visitar una capilla, lo mandaría. Dijo que lo recibiríamos a partir del lunes y hoy no lo hemos recibido.

Lucas deseaba conocer el contenido del sobre. Era curioso por naturaleza. Había heredado de su madre el afán de búsqueda, de obtener el máximo de información sobre las cosas que le

interesaban, y *Máter Amantísima* había pasado a ser una de ellas.

Nunca había oído hablar de esa imagen. Por supuesto que no conocía todas las estatuillas del Gótico ni muchísimo menos, ni de ningún otro periodo del arte, ni lo pretendía. Mas, si *Máter Amantísima* era tan importante que don Gerardo Ortiz temía que la robaran, tendría que haber encontrado alguna mención en Google, y no era así.

Don Gerardo había hablado de un secreto. ¿Qué secreto? La curiosidad aumentaba ahora que había muerto. ¡Qué rabia que no hubiese mandado el documento! O quizás lo había hecho antes de morir, en cuyo caso lo recibirían.

—Quizás el contenido del sobre nos ayude a encontrar la imagen —dijo Gabri—. Don Gerardo me hizo prometer que no lo abriría salvo que se presentara una situación imprevista. Esta lo es. ¿Hay algo más imprevisto que morir así?

—Entonces, ¿continuamos con la investigación? —preguntó Lucas.

—Me temo que no. El sobre con el documento no está en nuestro poder, y don Gerardo tenía que habernos hecho llegar una estatuilla que ya nunca nos hará llegar —respondió Gabri.

Dudó. Realmente le gustaría continuar.

Se preguntó si alguien conocería, además del catedrático, el paradero de la estatuilla. Si el peligro de robo era real, ¿estarían aún a tiempo de impedirlo? Quizás debía seguir con el trabajo, al fin y al cabo había recibido una cantidad de dinero, en eso Lucas tenía razón. Y había una razón más para seguir, una razón poderosa: a Marta, su madre, le habría gustado.

Si decidía continuar empezaría por el sobre. Si el catedrático lo había llevado a Correos el sábado antes de ponerse a arreglar la persiana, aún podían recibirlo.

Había dicho que tenía que visitar una capilla y había mencionado Toledo. ¿Había visitado una capilla en Toledo? Eso no había quedado claro en la conversación, y la prensa no lo mencionaba, solo aludía al sábado como día de su muerte. Don Gerardo los había visitado el jueves, el viernes visitaría la capilla, y el sábado murió.

Aquella noche Lucas se desveló pensando en todo ello. No así Gabri, que dormía como una marmota; de los dos era el que más horas de sueño necesitaba y el más remolón para levantarse por la mañana.

El martes esperaron la hora del cartero, y tampoco apareció.

—Creo que no lo vamos a recibir —comentó

Gabri—. A lo mejor a don Gerardo no le dio tiempo de mandarlo.

Esperaron un día más y el miércoles tampoco pasó el cartero. Pensaron incluso que tal vez podían recibir el sobre y la estatuilla juntos, mas nada de eso ocurrió.

—Se acabó. Voy a dar el asunto por concluido, no podemos esperar indefinidamente —dijo Gabri.

—¿Y el dinero que te entregó? ¿Se lo devolverás a la viuda? —le preguntó Lucas decepcionado.

Don Gerardo estaba casado, había dejado una viuda, Lucas la había mencionado y, sin saberlo, había iluminado un espacio oscuro, una posibilidad que explorar.

—Cuando digo que eres un cerebritito...

—Yo no he hecho nada.

—Quizás podamos seguir con esto después de todo. Al menos un poco más —Gabri parecía nuevamente ilusionado—. Don Gerardo dijo que el sobre se encontraba preparado en su despacho y, si no lo mandó, podría seguir allí.

Era cuestión de pedirle a la viuda que se lo entregara. Si el sobre estaba a su nombre la viuda se lo entregaría. ¿Por qué no?